



CIRCUS MIRANDUS



CASSIE BEASLEY



Traducción de
PEPA DEVESA SEVA

Ilustraciones de
DIANA SUDYKA

laGalera



PALABRAS



Tres palabritas. Fue lo único que hizo falta para ponerlo todo en marcha.

Las palabras venían de una habitación de arriba llena del frufrú de papel y el dulce olor a medicina. Salían de la pluma de un viejo que tosía y resollaba con cada respiración. Aparecían al final de una carta muy importante, que decía lo que sigue:

*Para: el Domador de Luz
A la atención de: Circus Mirandus*

Necesito hablar con usted urgentemente. Espero que me recuerde, aunque han pasado muchos años desde que me llamaron desde el Circus Mirandus. Por supuesto, nunca lo he olvidado. Me llamo Efraín Tuttle, y nos conocimos durante la guerra, cuando yo era un muchacho.

Usted me prometió un milagro.

No sé cómo le haré llegar este mensaje. No he oído ni un rumor sobre el circo desde que era mucho más joven. Pero me hizo una promesa, y he creído todos estos años que, si me hacía falta, usted vendría.

Aquí, el viejo se detuvo. Leyó lo que había escrito. Su bolígrafo centelleaba a la luz amarilla de la lámpara cuando añadió la última línea.

Lo necesito ahora.

Y en aquel momento, a miles de kilómetros de la carpa del Hombre que Doma la Luz, una mensajera se despertó.



COMO UNA TETERA



Micah Tuttle sabía que la mayoría de ancianas eran bastante agradables. Tejían suéteres cálidos y horneaban pasteles con cobertura de chocolate y jugaban a anticuados juegos de cartas en el centro social del pueblo. A veces alguna olvidaba ponerse la dentadura postiza, como la señora Yolane, la de Correos, o tenía catorce gatos chiflados, como la señora Rochester, la que vivía enfrente. Pero en el fondo incluso esas dos eran prácticamente pastel de chocolate y jersey calentito. La tía abuela de Micah, Gertrudis, no lo era.

Micah estaba fregando una taza de té de porcelana rosa por tercera vez ese domingo por la tarde mientras ella le observaba amenazante. Ella chasquéó la lengua y él frotó

la taza hasta que empezó a preocuparse de que las rosas pintadas fueran a desaparecer por completo.

En su interior, la tía Gertrudis era, lo más probable, jarrabe para la tos.

Llevaba el pelo de aspecto polvoriento recogido en un moño tan tirante que casi hacía que su piel arrugada estuviera tersa, y almidonaba las camisas hasta que los cuellos estaban tan tiesos que cortaban. Preparaba té negro cada día en una tetera de acero reluciente. El té estaba ardiendo y amargo, casi como ella, y no dejaba que Micah añadiera azúcar porque decía que la familia tenía problemas con la caries.

También decía que era cosa de familia el poco juicio y que sin dudar ella se cuidaría, vaya si se cuidaría, de que Micah no lo heredara.

La tía Gertrudis había venido a quedarse con ellos hacía semanas, nada menos que desde Arizona, para asegurarse de que las cosas se estaban «haciendo correctamente» mientras el abuelo Efraín estaba enfermo. Se suponía que no iba a estarlo mucho tiempo, pero el abuelo de Micah cada día estaba más enfermo. Y la tía Gertrudis cada día estaba más imposible.

—No hace falta que ataques la taza de ese modo —le espetó—. Solo quería que la limpiaras como es debido, para variar.

Lo único que le impedía a Micah contestar mal era saber que ella le pondría de tareas hasta las cejas durante el resto del día y no lo dejaría visitar a su abuelo. No le había dejado «molestar» al abuelo Efraín desde aquella mañana,

cuando este había insinuado que tenía algo importante que decirle a Micah. «Algo espectacular», había susurrado su abuelo. «Algo mágico».

El abuelo Efraín tenía un destello en los ojos que Micah reconocía. Y «mágico» significaba historias del Circus Mirandus, que eran una de las cosas favoritas de Micah. Y «mágico» también significaba que la tía Gertrudis había metido prisa a Micah para que saliera de la habitación y que su abuelo no pudiera decirle nada. Parecía pensar que aquellas historias eran justo el tipo de poco juicio que Micah podría heredar si ella no tenía cuidado.

«Espera unos minutos y podrás verlo de nuevo».

Le pasó la taza a su tía de la forma más educada que pudo y se fue a atender la tetera. Mientras el agua se calentaba, la tetera emitía unos chasquidos como si estuviera haciendo estiramientos. Pronto, el pajarillo que tenía encima empezaría a silbar. Esa era la parte favorita de Micah: el pájaro cantando. Siempre lo esperaba con ilusión.

De la boca plateada del pájaro se elevó un bucle de vapor. El primer débil silbido, al llegar, le recordaba a los últimos días buenos que había pasado con el abuelo Efraín antes de que llegara la tía Gertrudis. Habían estado construyendo juntos una casa en el árbol. Trabajaban cada tarde, y el abuelo Efraín silbaba mientras ataban los nudos de la escalera de cuerda.

—¡Nudos Tuttle! —exclamó al acabar—. No encontrarás mejores nudos en ninguna parte.

Algo que Micah sabía que era la pura verdad.

La tía Gertrudis se disponía a agarrar la tetera.

—Podría dejarla —dijo Micah.

Ella ni siquiera lo miró mientras apartaba bruscamente la tetera del fuego. Micah aguzó el oído, en un intento de captar el fin de la canción del pájaro, pero ya era demasiado tarde. Lo único que pudo oír fue el *glup* del agua hirviendo dentro de la tetera y, en un instante, incluso ese sonido desapareció.

La tía Gertrudis agitaba las bolsas de té ruidosamente.

—Es solo que me gusta oírla silbar —dijo Micah en voz baja.

—Es solo que te gusta perder el tiempo.

Micah se quedó mirando el frigorífico para no tener que mirarla a ella. Todas las cosas que habían cubierto el frigorífico —una receta de *brownies* de doble chocolate, imanes del alfabeto, un elefante que Micah había dibujado a los siete años—, todo aquello había sido cubierto con calendarios de medicamentos y recetas y el cuadro de calorías de tía Gertrudis. La única prueba de la existencia de Micah era una nota adhesiva, medio escondida tras la copia de una receta. Estaba escrita con su letra, y decía «proyecto de los incas para el cole».

Cuando se enteró de que la hermana de su abuelo venía, esperó que fuera tan maravillosa como el abuelo Efraín. Esperó gustarle. Pensó que habría menos soledad en la casa con otra persona. Pero resultó que a la tía Gertrudis no le gustaba nada de lo que le gustaba al abuelo de Micah, incluidos los niños de diez años.

Respiró hondo y contuvo el aire hasta que le dolió el pecho. «Algo mágico», se recordó. «Quizás una nueva historia. Quizás algo feliz».

«Feliz» le sonaba a un lugar muy lejano y difícil de encontrar hoy día.

El doctor Simon le había explicado que el abuelo Efraín tenía problemas para respirar. Ya no silbaba. Se quedaba en la cama todo el día y, aunque aún se reía a veces, sonaba distinto. Como la tetera. *Glup, glup.*

Micah sabía lo que vendría después.





UNA PEQUEÑA CHISPA



Micah asió la bandeja del té antes de que la tía Gertrudis pudiera ordenarle que lo hiciera. Era difícil mantenerla firme, y las tazas temblaron en sus platitos cuando dio un pasito cuidadoso hacia la puerta.

La tía Gertrudis le impidió el paso.

—¿Adónde crees que vas?

Micah intentó sonreírle.

—¿Arriba para el té?

Ella le echó una mirada pensativa mientras le arrebatava la bandeja de las manos.

—No creo —dijo ella—. Vas a sentarte aquí mismo, y así no harás un estropicio.

Micah frunció el ceño. Él no hacía estropicios.

—Pero siempre puedo ir a ver al abuelo Efraín a la hora del té.

Ella sorbió y dijo:

—Efraín ha estado exhausto últimamente. Creo que será mejor que no lo molestes tan a menudo.

—¡Pero se sentía mejor esta mañana! Quería contarme algo sobre... Usted no quiere que hable con él porque...

—Porque no quiero que molestes a todas horas a un hombre muy enfermo. Y porque tú no necesitas que te metan más tonterías entre oreja y oreja, especialmente no las insensateces típicas de tu abuelo. Ahora, siéntate. —Indicó con la cabeza la mesa de la cocina.

Al ver que él no se movía, ella puso una taza con rosas color rosa sobre la mesa y lo miró, levantando una ceja.

Últimamente Micah sentía que era una goma elástica y que la tía Gertrudis estiraba un poco más cada vez que hablaba. Aquello no podía durar para siempre. Algún día tendría que cansarse de estirar. Y si no se cansaba, él se rompería.

Pero no sería hoy.

Micah fue hacia la mesa de mala gana, pero fue. Le echó a su tía la peor mirada de que fue capaz.

Ella se volvió hacia la puerta.

—Querrá verme —dijo a la rígida espalda de la tía.

—Bébetelo té.

—Creo que...

Ella se volvió hacia él.

—¿No tienes deberes?

Miró la notita de la nevera.

—Es lo que creía. Quizás puedas ver a Efraín una vez demuestrés que eres responsable y sensato con tus obligaciones. —Y salió sin decir una palabra más.

Micah esperó hasta que pudo oír las duras suelas de los zapatos de tía Gertrudis golpeteando en las escaleras, y luego tiró el asqueroso té por el fregadero.

Cuando Micah subió, la puerta del abuelo Efraín estaba cerrada a cal y canto. Por supuesto. «Me colaré en cuanto se vaya la tía Gertrudis», se prometió.

Fue a su habitación y se dejó caer sobre la cama deshecha. Se suponía que tenía que estar trabajando en su mitad de un proyecto en grupo para Ciencias Sociales. Jenny Mendoza, la chica más lista de todo el quinto curso, esperaba que Micah llevara el modelo de un artefacto inca al cole mañana, con el que poder ensayar para la presentación. Aún no se podía decir que hubiera empezado, pero sería fácil. Una de las ilustraciones de su libro de texto era de una cosa llamada *quipu*, que tenía pinta de ser un puñado de cuerdas atadas con unos nudos sofisticados, y Micah podía hacerlo con los ojos cerrados. Probablemente.

Los nudos no eran un tipo de deberes cualquiera, si eras un Tuttle. Venían a ser algo así como la especialidad de la familia.

«Quizás —pensó Micah— el abuelo Efraín y yo podríamos hacer el quipu juntos». No sería tan emocionante como construir una casa en un árbol, pero era el tipo de

proyecto que le podría gustar a su abuelo. Hacer el qui-pu juntos le sonaba a... diversión, normalidad, a algo que habrían hecho antes de que todo se convirtiera en un desastre.

Micah bajó de la cama y abrió el último cajón de su cómoda. Un pulcro rollo de cuerda azul esperaba encima de un nido de chismes que había recogido por toda la casa cuando se dio cuenta de que la idea que tenía la tía Gertrudis de «ordenar la casa» significaba tirar a la basura todo lo que ella no usaba. Los calcetines de Micah habían tenido que apretarse para dejar espacio a dos yoyós, una pelota de béisbol, un sombrero de fieltro, un pequeño ejército de muñecos de acción, una caja de cartas antiguas y la cuerda.

La cogió y la acarició con los dedos. Era cuerda de la buena, perfecta para hacer nudos.

Lo único que tenía que hacer era esperar.

Cuando por fin oyó que la tía Gertrudis cerraba la puerta de la habitación de su abuelo, Micah salió de la suya y cruzó el pasillo como un rayo. Un rayo furtivo y silencioso.

Se coló en la familiar habitación del abuelo Efraín, y la abarcó toda de una mirada. Había un pato de cerámica agazapado sobre el despertador. En un rincón, un tarro de encurtidos de veinte litros lleno de canicas y monedas deslustradas. Las paredes, de un azul pálido, estaban cubiertas de fotos.

Un par de aquellas fotos, escondidas en rincones, mos-

traban a su abuelo de pie al lado de una joven que Micah sabía que era su mujer. Al abuelo Efraín no le gustaba hablar de ella. Había fotos de los amigos del abuelo y de los sitios donde había estado, y había incluso una pequeñita de la tía Gertrudis, tomada cuando era una niña. Llevaba el brazo escayolado.

A Micah le gustaba mirar las fotos de la boda de sus padres. Habían muerto en un accidente de barco cuando él tenía cuatro años, y las fotos le ayudaban a recordarlos. Pero sus fotos favoritas eran las de él y el abuelo Efraín juntos. Le gustaba pensar que se parecían, aunque el pelo de su abuelo era gris y el suyo castaño. La mayoría de fotos de ellos dos estaban desenfocadas porque nunca pudieron averiguar cómo sacar una buena foto usando el temporizador de la cámara. Pero en todas ellas tenían los mismos ojos color avellana y la misma sonrisa.

El abuelo Efraín no parecía el mismo en los últimos tiempos. Sus sonrisas eran igual de cálidas que siempre. Pero estaba más delgado, y pálido de pasar todo el día metido en la cama. Cuando Micah entró en la habitación, estaba apoltronado sobre un montón de cojines, mirando hacia la ventana. A través de la abertura de las cortinas, Micah acertaba a ver la casa del árbol a medio acabar sobre las ramas del roble.

—Es una casa estupenda —dijo Micah—. Lo pasaré muy bien este verano. Incluso sin techo.

El abuelo Efraín se volvió hacia él. En los ojos le brillaban los secretos.

—Ah, eres tú, Micah. Tenemos asuntos que hablar, tú y yo.

—Siento llegar tarde. —Micah se hizo un hueco al pie de la cama y dejó su rollo de cuerda azul—. No me dejó subir.

—Oh, te has perdido un té delicioso —dijo el abuelo Efraín.

—Seguro.

Aunque los dos intentaban parecer serios, la nariz del abuelo Efraín se arrugó de pensar en el té oscuro como la tinta, y la nariz del propio Micah tampoco lo podía evitar. Se sonrieron con ganas.

—Yo tiré el mío por el fregadero —confesó Micah.

—¡Bien, al menos uno de nosotros se ha librado! —dijo el abuelo.

Eso era bien cierto. Pero Micah se bebería una tetera entera de aquella tinta si hacerlo significase que podían pasar más tiempo juntos.

—Yo... ¿Por qué está la tía Gertrudis siempre tan... así como es? —No quería decirle al abuelo Efraín que su hermana era horrible, pero a veces era difícil no quejarse.

El abuelo Efraín suspiró.

—Tu tía abuela y yo no hemos tenido contacto en un montón de tiempo. Es tanto culpa mía como suya.

—Lo dudo —masculló Micah.

Su abuelo levantó una ceja.

—Fue bueno que viniera. No es feliz aquí, pero necesitamos su ayuda.

«Yo podría hacer todo lo que ella hace —pensó Micah—. Y estaría mucho más contento haciéndolo».

—Sé que puede ser muy frustrante. Si pudieras intentar llevarte bien con ella un poquito más...

—Lo intento. —No sabía cómo explicarlo, cómo decir que le parecía que no estaba haciendo otra cosa que intentarlo aquellos días. Estaba intentando no enfadar a la tía Gertrudis, y estaba intentando encontrar modos de ayudar a su abuelo, y estaba intentando estar bien, aunque estuviese bastante seguro de que no lo estaba—. Lo intento mucho.

—Lo sé. Y lo estás haciendo maravillosamente, Micah. De verdad. —Miró hacia la ventana de nuevo—. Necesito decirte algo.

Micah sonrió.

—¿Algo mágico? Estaba pensando que podía ser una de tus historias del Circus Mirandus.

Sus ojos se encontraron, y Micah sintió que algo pasaba entre ellos. Una energía, una pequeña chispa al saber que lo que su abuelo estaba a punto de contarle lo cambiaría todo.

—Le he escrito una carta a un viejo amigo —dijo el abuelo Efraín—. Creo que deberías leerla.

